

Mostró el rey en verla empeño,
Y mandósela entregar.
¡Alláh Akbár! (dijo llorando
El amante Abencerraje)
¡No pensé cuando la traje
Que me la iban á robar!

Arranquéla con mi lanza
Del haren del castellano ;
No es esclava á quien mi mano
Y mi nombre voy á dar ;
Mas si el rey contra justicia,
Y á la fuerza me la toma,
El dé cuentas á Mahoma
De su crimen ¡Alláh Akbár!

Los Gomeles la llevaron
Ante el rey : amóla el al verla
Y en su haren quiso tenerla
El injusto Boabdil.
Mas en vano : la cautiva
Guarda firme allá en su pecho
El santuario que tiene hecho
Para el árabegentil.

Y en la torre de los picos
Dó el tirano la encarcela
Por la noche vive en vela,
É ilumina su ajimez,
Porque sabe que del Darro
En la márgen, á tal hora
La contempla quien la adora
Quien la hará libre tal vez.

Y los nobles granadinos
Que lamentan este ultraje

Y del buen Abencerraje
Ven la pena y la razon
Dicen viendo en la alta torre
Mantenerse la luz viva :
¡Alláh Akbár! es la cautiva
Que le dió su corazon.

ZORRILLA, (España.)

TRADUCCION DE JOB.

DE mujer nace el hombre, y pocos dias
Vive, de penas y miserias lleno :
Temprana flor, que con heladas frias
Párase mústia, y dáñale el sereno.
Huye como la sombra ; y en porfías
De continúa mudanza, siempre ajeno
Del estado de ayer, en el de hoy crece,
Y jamas en el mismo permanece.
¡ Y digno juzgarás de tu grandeza
Sobre tan débil sér abrir tus ojos,
Y traer á juicio su flaqueza ?
¡ Quién podrá hacer, ó á quién no dará enojos
Querer que de lo inmundo haya limpieza,
Y no sean inmundos sus despojos ?
Podrá otro sino tú ? Tú solamente,
Tú solo con tu gracia omnipotente.
Es la vida del hombre en dias breve :
Tiénesle tú sus meses muy contados :
Sólo los sabes tú ; nadie se atreve
Los límites que tienes señalados,
Á traspasar. Pues déjalo que lleve
Su pena en paz, hasta que deseados
Los últimos momentos llegar vea,
Que como el jornalero los desea.
El árbol, si se corta, hay esperanza

De que vuelva á brotar, y tallos eche.
 Vieja raiz, que en tierra se afianza
 Aunque muerto ya el tronco se deseche,
 Germina luego donde el agua alcanza,
 Y árbol nuevo dará que se aproveche.
 No así el hombre, que muerto y enterrado,
 No se volverá á ver donde haya estado.
 Como el agua del mar, si se retira,
 Yermo dejando y seco el lecho frio ;
 Que nada de lo antiguo el que lo mira,
 Encuentra allí ; como si tuerce el rio
 Su propio curso, y á otra parte gira ;
 Así el hombre que duerme en el sombrío
 Sepulcro, no despierta hasta que sea
 Nuevo el orbe celeste, y él lo vea.
 ¡ Ah, quién me diera que en mansion oscura
 Protejido por tí, quieto esperara
 Que el furor se templase de tu dura
 Indignacion, y el plazo se fijara
 En que se te acordar mi desventura !
 Que para el que la muerte arrebata,
 Ya no hay vivir ; yo miétras vivo, espero
 Mi inmutacion, mi estado duradero.
 Me llamarás entónces : yo obediente
 Responderé á tu voz, y tú á la hechura
 De tus manos la diestra diligente
 Alargarás. Ahora, aunque con dura
 Gravedad cualquier paso delincuente
 Que dé, observes, perdona mi locura :
 Todos tu rectitud los guarda y sella,
 Mas curado ha mi mal tu mano bella.
 Deshácense los montes elevados,
 Las peñas y los riscos de su asiento
 Por el tiempo voraz son arrancados :
 Las aguas en continuo movimiento
 Cavan las duras piedras : de los prados

La tierra arrastra el aluvion violento ;
 Y el hombre pasa, aunque robusto un dia,
 Al sueño eterno á do tu voz lo envia.
 Desemejado y lívido lo dejas
 Pasar á la region desventurada
 Donde no podrá oir amargas quejas
 De su posteridad, si despojada
 Fuere de la nobleza, que en añejas
 Cartas tuvo su gente vinculada ;
 Despues que sufrió el cuerpo mil dolores,
 Penas el alma, angustias y temores.

CARVAJAL, (*España.*)

FRAGMENTOS DEL CANTO Á JUNIN.

.....
 ¿ Quién es aquel que el paso lento mueve
 Sobre el collado que á Junin domina ?
 Que el campo desde allí mide, y el sitio
 Del combatir y del vencer desina ?
 Que la hueste contraria observa, cuenta,
 Y en su mente la rompe y desordena,
 Y á los mas bravos á morir condena,
 Cual águila caudal que se complace
 Del alto cielo en divisar su presa
 Que entre el rebaño mal segura pacea ?
 ¿ Quién el que ya descende
 Pronto y apercebido á la pelea ?
 Preñada en tempestades le rodea
 Nube tremenda : el brillo de su espada
 Es el vivo reflejo de la gloria ;
 Su voz un trueno, su mirada un rayo.
 Quién aquel que al trabarse la batalla,

Ufano como nuncio de victoria,
 Un corcel impetuoso fatigando
 Discurre sin cesar por toda parte?
 ¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

“Gloria, mas no reposo,” de repente
 Clamó una voz de lo alto de los cielos;
 Y á los ecos los ecos por tres veces
 Gloria, mas no reposo, respondieron.
 El suelo tiembla; y cual fulgentes faros
 De los Ándes las cúspides ardieron.
 Y de la noche el pavoroso manto
 Se trasparente, y rásgase, y el éter
 Allá léjos purísimo aparece,
 Y en rósea luz bañado resplandece.
 Cuando improviso, veneranda sombra
 En faz serena y ademan augusto
 Entre cándidas nubes se levanta.
 Del hombro izquierdo nebuloso manto
 Pende, y su diestra aéreo cetro rige:
 Su mirar noble pero no sañudo;
 Y nieblas figuraban á su planta
 Penacho, arco, carcaj, flechas y escudo.
 Una zona de estrellas
 Glorificaba en derredor su frente
 Y la borla imperial de ella pendiente.

Oh Padre, oh claro Sol! no desampares
 Este suelo jamas, ni estos altares.
 Tu vivífico ardor todos los seres
 Anima y reproduce: por tí viven,
 Y accion, salud, placer, beldad reciben.
 Tú al labrador despiertas,
 Y á las aves canoras
 En tus primeras horas:
 Y tuyos son sus cantos matinales.

Por tí siente el guerrero
 En amor pátrio enardecida el alma
 Y al pié de tu ara rinde placentero
 Su laurel y su palma:
 Y tuyos son sus cánticos marciales.
 Fecunda ¡o Sol! tu tierra;
 Y los males repara de la guerra.
 Da á nuestros campos frutos abundosos,
 Aunque niegues el brillo á los metales:
 Da naves á los puertos;
 Pueblos á los desiertos;
 Á las armas victoria;
 Alas al genio, y á las Musas gloria.
 Dios del Perú, sosten, salva, conforta
 El brazo que te venga:
 No para nuevas lides sanguinosas
 Que miran con horror madres y esposas;
 Sino para poner á olas civiles
 Límites ciertos, y que en paz florezcan
 De la alma Paz los dones soberanos:
 Y arredre á sediciosos y á tiranos
 Brilla con nueva luz, Rey de los cielos,
 Brilla con nueva luz en aquel día
 Del triunfo que magnífica prepara
 Á su Libertador la patria mia.
 ¡Pompa digna del Inca y del imperio
 Que hoy de su ruina á nuevo ser revive!

J. J. OLMEDO (Ecuador.)

EPÍSTOLA.

DESDE las tristes márgenes del Sena,
 Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
 De nieve el suelo, y de tristeza el alma,
 Salud te envia tu infeliz amigo,

¡A tí mas infeliz! . . . Y ni le arredra
 El temor de tocar la cruda llaga
 Que aun brota sangre, y de mirar tus ojos
 Bañarse en nuevas lágrimas. . . . ¿Qué fuera,
 Si no llorara el hombre? . . . Yo mil veces
 He bendecido á Dios, que nos dió el llanto
 Para aliviar el corazon, cual vemos
 Calmar la lluvia el mar tempestuoso.

Llora pues, llora ; otros amigos fieles
 De mas saber y de mayor ventura,
 De la estóica virtud en tus oidos
 Harán sonar la voz ; yo, que en el mundo
 Del cáliz de amargura una vez y otra
 Apuré hasta las heces, no hallé nunca
 Mas alivio al dolor que el dolor mismo ;
 Hasta que ya cansada, sin aliento,
 Luchando el alma, y reluchando en vano,
 Bajo el inmenso peso se rendia. . . .

¿Lo crearás, caro amigo? Llega un tiempo
 En que gastados del dolor los filos,
 Ese afan, esa angustia, esa congoja,
 Truécanse al fin en plácida tristeza ;
 Y en ella absorta, embebecida el alma,
 Replégase en sí misma silenciosa,
 Y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea, y yo otras veces
 Lo dudé como tú ; juzgaba eterna
 Mi profunda aficcion, y grave insulto
 Anunciarme que un tiempo fin tendria. . . .
 Y le tuvo, . . . de Dios á los mortales
 Es esa otra merced : que así tan solo,
 Entre tantas desdichas y miserias,
 Sufrir pudieran la cansada vida.

Espera pues, da crédito á mis voces,
 Y fiate de mí. . . . ¿Quién en el mundo

Compró tan caro el triste privilegio
 De hablar de la desdicha? . . . En tantos años,
 ¿Viste un dia siquiera, un solo dia
 En que no me mirases vil juguete
 De un destino fatal, cual débil rama
 Que el huracan arranca, y por los aires
 La remonta un instante, y contra el suelo
 Le arroja luego y la revuelca impío? . . .

Lo sé : contra los golpes de la suerte,
 Cuando solo en nosotros los descarga,
 El firme corazon opone escudo ;
 Mas no acontece así . . . ¿Y acaso piensas
 Que no he perdido nunca á quien amaba
 Mas que á mi propia vida? . . . Si un momento
 Te da tregua el dolor, vuelve los ojos
 A un huérfano infeliz, enfermo, triste,
 Solo en el mundo, sin tener ya apénas
 A quien llorar, que á todos en la tumba
 Unos tras otros los hundió la muerte.

En la misma estacion . . . ¿ves? tu desgracia
 Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida,
 Perdí una madre tierna, idolatrada,
 Mi dicha y mi consuelo ; tras sus huellas
 Mi triste padre descendió á la tumba ;
 Y abrazados bajaron de consuno
 Pronunciando mi nombre, que á lo léjos
 Sonó en mi corazon, no en mis oidos. . . .
 Corrí, volé, llegué ; mas ya fué en vano :
 La fatal losa á entrámbos cobijaba,
 Y para colmo de pesar y angustia
 Aun encontré la tierra removida.

Tú has hallado, si es dable, mas consuelos
 En tu grave aficcion. . . . (aunque rebelde

Se vuelva contra mí tu pena misma,
 Por fuerza has de escuchar mi voz severa,
 Que no aduló jamás á la fortuna,
 Ni ahora adula al dolor). Tú en tu desgracia
 Hallaste mil consuelos, que la suerte
 Cruelmente me negó : viste á tu esposa
 Y la cuidaste en su dolencia extrema ;
 Tú recibiste su postrer suspiro ;
 Tú estrechaste su mano, tú la viste
 Tender á tí los brazos, y cual prenda
 En los tuyos dejar su amada hija. . .

Pero yo propio, sin querer, ahondo
 El puñal en tu pecho, renovando
 Ante tu vista la funesta imágen
 De la noche fatal en que aun luchaba
 La vida con la muerte. . . Ya sus penas
 Para siempre acabaron : ella misma,
 Vueltos al cielo los piadosos ojos,
 Se lo rogó en su angustia ; y la esperanza
 Brilló al morir en su serena frente.

MARTINEZ DE LA ROSA (*España*).

AL 2 DE MAYO.

NOCHE, lóbrega noche, eterno asilo
 Del miserable que esquivando el sueño
 Profundas penas en silencio gime,
 No desdeñes mi voz : letal beleño
 Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
 Empapada la ardiente fantasía,
 Da á mi pincel fatídicos colores
 Con que el tremendo día
 Trace al fulgor de vengadora tea,

Y el odio irrite de la patria mia,
 Y escándalo y terror al orbe sea.
 ¡ Día de execración ! La destructora
 Mano del tiempo le arrojó al Averno ;
 Mas ¿ quién el sempiterno
 Clamor con que los ecos importuna
 La madre España en enlutado arreo
 Podrá atajar ? Junto al sepulcro frio,
 Al pálido lucir de opaca luna,
 Entre cipreses fúnebres la veo :
 Trémula, yerta y desceñido el manto,
 Los ojos moribundos
 Al cielo vuelve que le oculta el llanto ;
 Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
 Yace entre el polvo y el leon guerrero
 Lanza á sus piés rujido lastimero.
 ¡ Ay ! que cual débil planta
 Que agosta en su furor horrible viento,
 De víctimas sin cuento
 Lloró la destrucción Mántua aflijida !
 Yo ví, yo ví su juventud florida
 Correr inerme al huésped ominoso.
 Mas qué su generoso
 Esfuerzo pudo ? El pérfido caudillo
 En quien su honor y su defensa fía,
 La condenó al cuchillo.
 ¡ Quién, ay ! la alevosía,
 La horrible asolacion habrá que cuento,
 Que hollando de amistad los santos fueros,
 Hizo furioso en la indefensa gente
 Ese tropel de tigres carniceros ?
 Por las henchidas calles
 Gritando se despeña
 La infame turba que abrigó en su seno.
 Rueda allá rechinando la cureña,
 Acá retumba el espantoso trueno ;

Allí el jóven lozano,
 El mendigo infeliz, el venerable
 Sacerdote pacífico, el anciano
 Que con su arada faz respeto imprime,
 Juntos amarra su dogal tirano.
 En balde, en balde gime
 De los duros satélites en torno
 La triste madre, la afijida esposa
 Con doliente clamor : su pavorosa
 Fatal descarga suena
 Que á luto y llanto eterno las condena.
 ¡ Cuánta escena de muerte ! cuánto estrago !
 Cuántos ayes doquier ! Despavorido
 Mirad ese infelice
 Quejarse al adalid empedernido
 De esa cuadrilla atroz. ¡ Ah ! qué te hice ?
 Exclama el triste en lágrimas deshecho,
 Mi pan y mi mansion partí contigo,
 Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
 Templé tu sed y me llamé tu amigo :
 ¿ Y ora pagar podrás nuestro hospedaje
 Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
 Con dura muerte y con indigno ultraje ?
 ¡ Perdido suplicar ! ¡ inútil ruego !
 El mónstruo infame á sus ministros mira,
 Y con tremenda voz gritando ¡ fuego !
 Tinto en su sangre el desgraciado espira.
 Y en tanto ? dó se esconden,
 Dó estan, ó cara patria, tus soldados
 Que á tu clamor de muerte no responden ?
 Presos, encarcelados
 Por jefes sin honor, que haciendo alarde
 De su perfidia y dolo
 Á merced de los bárbaros te dejan,
 Como entre hierros el leon, forcejan
 Con inútil afan. Vosotros solo

Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
 Que osando resistir al gran torrente
 Dar supisteis en flor la dulce vida
 Con firme pecho y con serena frente ;
 Si de mi libre Musa
 Jamas el eco adormeció á tiranos,
 Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
 Allá del alto asiento
 Á que la accion magnánima os eleva,
 El himno oid que á vuestro nombre entona,
 Miéntas la fama aljéira le lleva
 Del mar de hielo á la abrasada zona.
 Mas ¡ ay ! que en tanto sus funestas alas
 Por la opresa metrópoli tendiendo,
 La yerma asolacion sus plazas cubre ;
 Y al áspero silbar de ardientes balas
 Y al ronco son de los preñados bronce
 Nuevo fragor y estrépito sucede.
 ¿ Ois cómo rompiendo
 De moradores tímidos las puertas
 Caen estallando de los fuertes gonces ?
 ¡ Con qué espantoso estruendo
 Los dueños buscan que medrosos huyen !
 Cuanto encuentran destruyen
 Bramando los atroces forajidos
 Que el robo infame y la matanza ciegan.
 ¡ No ves cuál se despliegan
 Penetrando en los hondos aposentos
 De sangre y oro y lágrimas sedientos ?
 Rompen, talan, destrozan
 Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
 Aquí matando al dueño se alborozan,
 Hieren allí su esposa acongojada :
 La familia asolada
 Yace espirando, y con feroz sonrisa
 Sorben voraces el fatal tesoro.

Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
 Mústio el dulce carmin de su mejilla
 Y en su frente marchita la azucena,
 Con voz turbada y anhelante lloro
 De su verdugo ante los piés se humilla
 Tímida vírjen de amargura llena ;
 Mas con furor de hiena,
 Alzando el corvo alfanje damasquino,
 Hiende su cuello el bárbaro asesino.
 ¡Horrible atrocidad! treguas, ó Musa,
 Que ya la voz rehusa
 Embargada en suspiros mi garganta!
 Y en ignominia tanta
 ¿Será que rinda el español bizarro
 La indómita cerviz á la cadena?
 No, que ya en torno suena
 De Pálas fiera el sanguinoso carro
 Y el látigo estallante
 Los caballos flamíjeros hostiga.
 Ya el duro peto y el arnes brillante
 Visten los fuertes hijos de Pelayo.
 Fuego arrojó su rujinoso acero :
 ¡Venganza y guerra! resonó en su tumba
 ¡Venganza y guerra! repitió Moncayo,
 Y al grito heróico que en los aires zumba,
 ¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
 Guadalquivir guerrero,
 Alza al bélico son la réjia frente,
 Y del patron valiente
 Blandiendo altivo la nudosa lanza
 Corre gritando al mar : ¡guerra y venganza!
 Vosotras, ó infelices
 Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
 Robó á sus lares, y en fugaz gemido
 Cruzais los anchos campos de Castilla,
 La heróica España, en tanto que al bandido,

Que á fuego y sangre, de insolencia ciego
 Brindó felicidad, á sangre y fuego
 Se retribuya el don, sabrá piadosa
 Daros solemne y noble monumento ;
 Allí en padron cruento
 De oprobio y mengua que perpétuo dure,
 La vil traicion del déspota se vea :
 Y altar eterno sea
 Donde todo español al mónstruo jure
 Rencor de muerte que en sus venas cunda,
 Y á cien generaciones se difunda.

J. N. GALLEGO (Esp.)

Á LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

¿SERÁ que siempre la ambicion sangrienta,
 Ó del solio el poder pronuncie solo,
 Cuando la trompa de la fama alienta
 Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
 No os da rubor? el don de la alabanza,
 La hermosa luz de la brillante gloria,
 ¿Serán tambien del nombre á quien daría,
 Eterno oprobio ó maldicion la historia?
 Oh! despertad : el humilde acento
 Con majestad no usada,
 Suba á las nubes penetrando el viento :
 Y si quereis que el universo os crea
 Dignos del lauro en que ceñís la frente,
 Que vuestro canto enérjico y valiente
 Digno tambien del universo sea.

No los aromas del loor se vieron
 Vilmente degradados
 Así en la antigüedad ; siempre las aras
 De la invencion sublime,

Del genio bienhechor los recibieron.
 Nace Saturno, y de la madre tierra
 El seno abriendo con el fuerte arado,
 El precioso tesoro
 De vivífica mies descubre al suelo
 Y grato el canto le remonta al cielo
 Y Dios le nombra de los siglos de oro.
 ¡Dios no fuiste también, tú que allá un día
 Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
 Y trazándole en letras, detuviste
 La palabra veloz que ántes huía?
 Sin tí se devoraban
 Los siglos á los siglos, y á la tumba
 De un olvido eternal yertos bajaban.
 Tú fuiste—el pensamiento
 Miró ensanchar la limitada esfera
 Que en su infancia fatal le contenía.
 Tendió las alas y arribó á la altura
 De dó escuchar la edad que ántes viviera,
 Y hablar ya pudo con la edad futura.
 ¡O gloriosa ventura!
 Goza, genio inmortal, goza tú solo
 Del himno de alabanza, y los honores
 Que á tu invencion magnífica se deben:
 Contéplala brillar: y cual si sola,
 Á ostentar su poder ella bastara,
 Por tanto tiempo reposar natura
 De igual prodijio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
 Le plugo hacer de sí, y el Rin helado
 Nacer vió á *Guttemberg*—¿con que es en vano
 Que el hombre al pensamiento
 Alcanzase escribiéndole á dar vida
 Si desnudo de curso y movimiento
 En letargosa oscuridad se olvida?

No basta un vaso á contener las olas
 Del férvido oceano,
 Ni en solo un libro dilatarse pueden
 Los grandes dones del ingenio humano:
 “Qué les falta? Volar? Pues si á natura
 Un tipo basta á producir sin cuento
 Seres iguales, mi invencion la siga:
 Que en ecos mil y mil sienta doblarse
 Una misma verdad, y que consiga
 Las alas de la luz al desplegarse.”
 Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
 Vieras la Europa, atónita, agitada
 Con el estruendo sordo y formidable
 Que hace sañudo el viento
 Soplando el fuego asolador que encierra
 En sus cavernas lóbregas la tierra.
 ¡Ay del alcázar que al error fundaron
 La estúpida ignorancia y tiranía!
 El volcan reventó y á su porfía
 Los soberbios cimientos vacilaron.
 ¡Qué es del mónstruo, decid, inmundo y feo,
 Que abortó el Dios del mal, y que insolente
 Sobre el despedazado Capitolio
 Á devorar el mundo impunente
 Osó fundar su abominable sólio?
 Dura sí: mas su inmenso poderío
 Desplomándose va: pero su ruina
 Mostrará largamente sus estragos.
 Así torre fortísima domina
 La altiva cima de fragosa sierra:
 Su albergue en ella y su defensa hicieron
 Los hijos de la guerra,
 Y en ella su pujanza arrebatada,
 Rugiendo los ejércitos rompieron.
 Despues abandonada,
 Y del silencio y soledad sitiada

Conserva, aunque ruinoso, todavía
 La aterradora faz que ántes tenia.
 Mas llega el tiempo y la estremece y cae.
 Cae, los campos gimen
 Con los rotos escombros : y entre tanto
 Es escarnio y baldon de la comarca
 La que ántes fué su escándalo y espanto.
 Tal fué el lauro primero que las sienas
 Ornó de la razon : miéntras osada,
 Sedita de saber la inteligencia,
 Abarca el universo en su gran vuelo.
 Levántase Copérnico hasta el cielo,
 Que un velo impenetrable ántes cubria,
 Y allí contempla el eternal reposo
 Del astro luminoso,
 Que da á torrentes su esplendor al dia.
 Siente bajo su planta Galileo
 Nuestro globo rodar, la Italia ciega
 Le da por premio un calabozo impío,
 Y el globo en tanto sin cesar navega
 Por el piélago inmenso del vacío.
 Y navegan con él impetuosos
 Á modo de relámpagos huyendo,
 Los astros rutilantes : mas lanzado
 Veloz el genio de Neuton tras ellos,
 Los sigue, los alcanza
 Y á regular se atreve
 El grande impulso que sus orbes mueve.

¡ Ah ! qué te sirve conquistar los cielos,
 Hallar la ley en que sin fin se agitan
 La atmósfera y el mar, partir los rayos
 De la impalpable luz, y hasta en la tierra
 Cavar y hundirte y sorprender la cuna
 Del oro y del cristal ? Mente ambiciosa,
 Vuélvete al hombre—Ella volvió y furiosa,

Lanzó su indignacion en sus clamores.
 ¡ Con que el mundo moral todo es horrores ?
 ¡ Con que la atroz cadena
 Que forjó en su furor la tiranía,
 De polo á polo inexorable suena,
 Y los hombres condena
 De la vil servidumbre á la agonía !
 ¡ Oh ! no sea tal !! Los déspotas lo oyeron,
 Y el cuchillo y el fuego á la defensa
 En su diestra nefaria apercibieron.

¡ O insensatos ! ¿ qué haceis ? Esas hogueras
 Que á devorarme horribles se presentan
 Y en arrancarme á la virtud porfian,
 Fanales son que en su esplendor me guian,
 Antorchas son que su victoria ostentan.
 En su amor anhelante
 Mi corazon extático la adora,
 Mi espíritu la ve, mis piés la siguen.
 No ; ni el hierro ni el fuego amenazante
 Posible es ya que á vacilar me obliguen.
 ¡ Soy dueño por ventura
 De volver el pié atrás ? Nunca las ondas
 Tornan del Tajo á su primera fuente
 Si una vez hácia el mar se arrebataron :
 Las sierras, los peñascos, su camino
 Se cruzan á atajar ; pero es en vano,
 Que el vencedor destino
 Las impele bramando al oceáno.

Llegó pues el gran dia
 En que un mortal divino sacudiendo
 De entre la mengua universal la frente
 Con voz omnipotente
 Dijo á la faz del mundo : el hombre es libre,
 Y esta sagrada aclamacion saliendo,

No en los estrechos límites hundida
 Se vió de una rejion : el eco grande
 Que inventó Guttemberg la alza en sus alas :
 Y en ellas conducida
 Se mira en un momento
 Salvar los montes, recorrer los mares,
 Ocupar la extension del vago viento ;
 Y sin que el trono ó su furor la asombre,
 Por todas partes el valiente grito
 Sonar de la razon : libre es el hombre.

Libre, sí, libre ; ¡ó dulce voz! mi pecho
 Se dilata escuchándote, y palpita,
 Y el númen que me agita
 De tu sagrada inspiracion henchido
 Á la rejion olímpica se eleva,
 Y en sus alas flamíjeras me lleva—
 ¿Dónde quedais, mortales
 Que mi canto escuchais? Desde esta cima
 Miro al destino las ferradas puertas
 De su alcázar abrir, el denso velo
 De los siglos romperse, y descubrirse
 Cuanto será : ¡ó placer! no es ya la tierra
 Ese planeta mísero en que ardieron
 La implacable ambicion, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,
 Como la peste y las borrascas huyen
 De la aflijida zona que destruyen,
 Si los vientos del polo aparecieron.
 Los hombres todos su igualdad sintieron
 Y á recobrarle las valientes manos
 Al fin con fuerza indómita movieron.
 No hay ya, ¡qué gloria! esclavos y tiranos ;
 Que amor y paz el universo llenan,
 Amor y paz por donde quier respiran,

Amor y paz sus ámbitos resuenan ;
 Y el Dios del bien sobre su trono de oro
 El cetro eterno por los aires tiende ;
 Y la serenidad y la alegría
 Al orbe que defiende
 En raudales benéficos envía.

¿No la veis? no la veis? la gran coluna,
 El magnífico y bello monumento
 Que á mi atónita vista centellea?
 No son, no, las pirámides que al viento
 Levanta la miseria en la fortuna
 Del que renombre entre opresion granjea.
 Ante él por siempre humea
 El perdurable incienso
 Que grato el orbe á Guttemberg tributa ;
 Breve homenaje á su favor inmenso.
 ¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
 De la fuerza aterró, sobre ella alzando
 Á la alma inteligencia!
 ¡Gloria al que en triunfo la verdad llevando
 Su influjo eternizó libre y profundo!
Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

M. J. QUINTANA (*Esp.*)

Á LA BATALLA DE LEPANTO.

CANTEMOS al Señor que en la llanura
 Venció del ancho mar al Trace fiero :
 Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
 Salud y gloria nuestra.
 Tú rompiste las fuerzas y la dura
 Frente de Faraon, feroz guerrero :

Sus escogidos Príncipes cubrieron
 Los abismos del mar, y descendieron,
 Qual piedra, en el profundo ; y tu ira luego
 Los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio Tirano, confiado
 En el grande aparato de sus naves,
 Que de los nuestros la cerviz cautiva,
 Y las manos aviva
 Al ministerio injusto de su estado,
 Derribó con los brazos suyos graves
 Los cedros mas excelsos de la cima ;
 Y el árbol, que mas yerto se sublima,
 Bebiendo agenas aguas, y atrevido
 Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños confundidos
 Del ímpio furor suyo ; alzó la frente
 Contra tí, Señor Dios, y con semblante
 Y con pecho arrogante,
 Y los armados brazos extendidos,
 Movió el airado cuello aquel potente :
 Cercó su corazon de ardiente saña
 Contra las dos Hesperias que el mar baña ;
 Porque en tí confiadas le resisten,
 Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdefioso :
 ¿ No conocen mis iras estas tierras,
 Y de mis padres los ilustres hechos ?
 ¿ Ó valieron sus pechos
 Contra ellos con el Ungaro medroso,
 Y de Dalmacia y Rodas en las guerras ?
 ¿ Quién los pudo librar, quién de sus manos
 Pudo salvar los de Austria y los Germanos ?
 Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
 Guardallos de mi diestra vencedora ?

Su Roma, temerosa y humillada,
 Los cánticos en lágrimas convierte ;
 Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
 Quando vencidos mueran.
 Francia está con discordias quebrantada,
 Y en España amenaza horrible muerte
 Quien honra de la Luna las banderas ;
 Y aquellas en la guerra gentes fieras
 Ocupadas están en mi defensa :
 Y aunque no ; quién hacerme puede ofensa ?

Los poderosos pueblos me obedecen,
 Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
 Y me dan, por salvarse, ya la mano,
 Y su valor es vano,
 Que sus luces cayendo se oscurecen
 Sus fuertes á la muerte ya caminan ;
 Sus vírgenes están en cautiverio ;
 Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio ;
 Del Nilo á Eufrátes fértil é Istro frio,
 Quanto el sol alto mira, todo es mio.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
 Usurpe quien su fuerza osado estima,
 Prevaleciendo en vanidad y en ira ;
 Este soberbio mira
 Que tus aras afea en su victoria ;
 No dejes que los tuyos así oprima,
 Y en sus cuerpos cruel las fieras cebe
 Y en su esparcida sangre el odio pruebe :
 Que hechos ya su oprobio, dice : ¿ dónde
 El Dios de estos está ? ¿ de quién se asconde ?

Por la debida gloria de tu nombre ;
 Por la justa venganza de tu gente ;
 Por aquel de los míseros gemido,
 Vuelve el brazo tendido